

JULIÁN

El espacio del trabajo. Producir, protestar, soñar

SOBRINO

*No sólo necesitamos el puesto de trabajo,
Necesitamos toda la fábrica
Y el carbón y el mineral
Y el poder del Estado*

«Canción del parche y el saco» en *La Madre*, Máximo Gorki, 1906

La pregunta

El trabajo necesita siempre un lugar donde llevarse a cabo, pero asumida esta obviedad es necesario que nos hagamos una pregunta crucial ¿cómo podemos definir ese espacio, como un entorno material o como un marco simbólico? Es evidente que nosotros podemos interpretar esos lugares de trabajo desde numerosos puntos de vista si tenemos en cuenta las complejas circunstancias en las que se han desarrollado los procesos productivos a lo largo de la historia. Pero fijaremos nuestra atención en el proceso histórico contemporáneo para intentar desarrollar esa pregunta partiendo de unos hechos conocidos en relación con una de nuestras particulares condiciones como seres humanizados como es la de trabajadores. Condición que ostentamos la mayoría de la población desde hace aproximadamente dos siglos una vez que abandonamos el

medio rural, vestidos con túnicas de lino de color pardo, para adentrarnos en el territorio urbano, vestidos con un mono de algodón azul desleído, para conquistar el paraíso, con pantalón oscuro y camisa de cuello blanco.

La vida en la fábrica ha marcado gran parte de nuestro pasado inmediato y desde la revolución industrial el espacio del trabajo ha evolucionado a partir de las diferentes elecciones que los gestores de la producción fueron realizando en función de los avances tecnológicos, la demanda de sus productos y los sistemas de organización empresarial. Cada nueva alternativa empresarial iba seguida de un cambio de escala tanto cuantitativo como cualitativo, que se expresaba, entre otros factores, mediante una nueva concepción y configuración del espacio fabril.

Para el trabajador significaba una nueva manera de habitar ese tiempo dedicado a obtener un salario mediante su fuerza de trabajo, para el empresario suponía un reto constante dirigido a promover la eficacia de sus métodos y para la sociedad significaba la aparición de unas construcciones características de un tiempo nuevo marcado por el orden industrial.

La productividad era el principio subyacente en esos cambios, que exigían tanto la especialización del obrero como la construcción de unas infraestructuras edilicias, contenedores industriales, para establecer unas adecuadas relaciones de producción que con el objetivo genérico del progreso social contribuyeran al beneficio económico de quienes invertían su capital en máquinas, herramientas, salarios, innovaciones y espacios de trabajo.

Las transformaciones sociales de aquellos momentos iniciales de la revolución industrial se han esquematizado en la constitución de una sociedad de clases organizada en función de la propiedad y disponibilidad de los medios de producción, pero no debemos olvidar que por debajo de esos arquetipos de clase, burguesía y proletariado, emergieron dos figuras simbólicas básicas para analizar esos cambios: el empresario y el trabajador, los cuales a pesar de sus diferencias y distancias confluían en una tipología bifronte: el hombre moderno, el actor indiscutible de la era mecánica. Este proceso tuvo lugar en un espacio-territorio, la ciudad industrial, cada vez más amplia, desmedida y extensa, en la que los núcleos industriales iban configurando islas que poco a poco devenían en archipiélagos de actividad unidos por conexiones hasta constituir redes de trabajo territoriales.

El origen

La fábrica como espacio ideológico e ideologizado aparece ligada al concepto de panóptico, donde primaba el control por encima de cualquier otra consideración, como herencia de un tiempo anterior, rígido, normativo e inflexible. La racionalidad ilustrada se hermanaba con la tecnología para conseguir que el producto del trabajo no se escapara por las grietas de un modelo de producción aún en ciernes, en el que todavía tenía un importante peso específico el trabajo deslocalizado realizado en el propio domicilio del productor. Estos primeros trabajadores no gozaron de libertad en ninguno de los sentidos de este ambicioso término, estaban sujetos férreamente a un orden laboral, casi tan rígido como el anterior, que puede ser definido como feudalismo industrial. Castillo y fábrica, señor y patrono, servidumbre y salario, miseria y pobreza, destino y alienación, parejas de conceptos no antitéticos, sino complementarios en esta primera fase de esclavitud liberada. El habitar se asoció a la regulación del tiempo, el trabajador pasó de la noción de intemporalidad metafísica de lo orgánico-sagrado a la manipulación física del tiempo mecanizado, de ser un ente sin sujeto histórico a ser un engranaje sin entidad ontológica.

El espacio industrial tanto desde una perspectiva histórica como desde su realidad actual carece en nuestro país de una tradición estable de análisis pluridisciplinar que ponga de manifiesto su complejidad, intencionalidades y contradicciones. Esta situación se manifiesta claramente en aquellos aspectos más directamente relacionados con la enseñanza de la arquitectura que se han concretado académicamente en enfoques dirigidos a la filosofía de las estructuras, los programas espaciales o los sistemas constructivos, en una orientación marcadamente determinista, aparentemente objetiva, acerca de problemas prácticos como los sistemas portantes o el número de metros cuadrados y su concreción volumétrica por persona, máquina o procedimiento.

Estos hechos llaman nuestra atención si tenemos en cuenta que los edificios industriales han tenido y tienen una importancia de primer orden tanto en lo que se refiere a la sociedad en general como a la arquitectura en particular, ya que es en esos espacios donde se han concentrado en el transcurso histórico los esfuerzos necesarios para algo tan importante como la generación de los productos necesarios para la supervivencia al tiempo que sus diversas tipologías se hallan representadas y difundidas, a diferente escala, por todo el mundo.

Inicialmente cabría establecer una diferenciación entre las tipologías industriales vernáculas de raíz endógena y las tipologías de difusión

objetiva. Las primeras se refieren fundamentalmente a procesos protoindustriales, del pasado o de sociedades actuales no desarrolladas, basados en particularismos de producción que se concretan en una construcción endémica, las segundas se han conformado homogéneamente a partir de la revolución industrial en sus variables estandarizadas, aunque a veces hayan sufrido hibridaciones a partir de las tradiciones locales. Teniendo en cuenta esta situación hay que señalar que los espacios para la producción no presuponen necesariamente la existencia de arquitectos en el sentido profesional moderno, pero haya arquitectos o no siempre se nos remiten a un programa previo establecido por la experiencia y la transmisión de conocimientos, modificados en el tiempo por la innovación constante y que, por tanto, tienen en su origen una misión finalista. De esta manera podemos establecer, como punto de partida, que en la arquitectura industrial se da la síntesis perfecta de tres condiciones previas como son el espacio, el tiempo y los recursos, factores necesarios para llevar a cabo cualquier procedimiento técnico mediatizado por un modo de producción específico.

La elección del lugar siempre es intencionada y se lleva a cabo en función de la cercanía de las materias primas, las fuentes de energía, los vientos dominantes, las vías de comunicación, la proximidad de los mercados o la disponibilidad de mano de obra, aunque, a veces, existen otras decisiones relativas a la localización o deslocalización industrial producto de la dialéctica entre el poder, la economía, las fuerzas sociales y el medio natural, decisiones que se han manifestado en implantaciones industriales condicionadas por actuaciones de prestigio y dominación (las Fábricas Reales del siglo XVIII o los polígonos industriales de la etapa del desarrollismo franquista), por consideraciones marcadas por el impacto medioambiental (protestas por la quema de piritas en Riotinto en 1888 o el cementerio nuclear del Cabril en Hornachuelos) o producto de las estrategias territoriales resultantes de prácticas especulativas del suelo (desmantelamiento del tejido industrial de Poble Nou en Barcelona o de Uralita en Sevilla).

En los espacios del trabajo surgen de la planificación y son el resultado de una jerarquía de valores, sean estos de control social o de producción, que se plasma en las diferentes soluciones constructivas puestas en práctica a lo largo de la historia y que se han condensado en una tipología determinada. Del predominio de variables como la organización, la ocupación o el entorno es factible deducir un modo de producción específico que acaba manifestándose mediante una forma construida, que deviene a su vez en arquetipo simbólico, determinada por la primacía de los valores existentes en ese orden productivo y en contacto con una cultura constructiva y a unos fundamentos estéticos

propios de un tiempo histórico determinado. Esta planificación espacial, surgida de la más pura lógica, sea esta teórica o intuitiva, acaba conformando un complejo sistema, práctico y ritual, del espacio del trabajo en el cual confluyen una serie de opuestos complementarios en tensión como son: hábitat-trabajo, técnica-medioambiente, hombre-máquina, rural-urbano y ley-protesta, que nos desvelan una nueva dimensión de la fábrica como espacio de conflictos. Cada una de esas tensiones pueden ser aminoradas o acrecentadas en función de las correcciones que se establezcan entre los diferentes agentes en lucha pudiéndose solucionar de manera positiva o negativa. Las correcciones positivas serían, siguiendo el orden en el que se han expuesto las oposiciones, la práctica de un urbanismo de mediación, una estrategia de sostenibilidad, una ética de la tecnología, un desarrollo integral de lo local y lo global y una política social progresista. Sus opuestos se manifestarían en los trastornos psicourbanos, la degradación ecológica, la alienación por la técnica, los desequilibrios territoriales o la desigualdad social.

La lectura de una fábrica nos pone en contacto con conceptos de proyecto arquitectónico compartidos con otras tipologías arquitectónicas como serían: la existencia de una imagen de marca expresada por medios formales, la traza de ejes principales y secundarios, los núcleos duros ocupados por la estructura y las instalaciones —servidores— desaprovechados como espacio meramente productivo, los espacios neutros —servidos— de máxima rentabilidad, los llenos y vacíos, las divisiones en planta y sección y su inserción en un entorno determinado. Pero también se pueden observar otros aspectos relacionales como consecuencia de la progresiva ritualización del espacio del trabajo y como resultado de unas intenciones previas o de posteriores reapropiaciones que acaban conformando un imaginario espacial de carácter simbólico de gran potencia expresiva y que como espacio ritualizado mantiene contactos con otras arquitecturas sean estas públicas (sagradas, políticas, militares, asistenciales, culturales) o privadas (casas, estudios, oficinas, almacenes) estableciendo programas vinculados a un proyecto inicial o de apropiación posterior de orden subjetivo tales como los que se manifiestan formalmente en los accesos monumentalizados (accesos y fachada), itinerarios procesionales (*promenades* arquitectónicos), lugares mitologizados (el antiguo espacio de la máquina de vapor, la oficina del director, la sede del comité de empresa) o lugares cívicos-corporales (la cantina, el dispensario médico, los aseos o la esquina desde donde no se ve el capataz) que conforman una escenografía yuxtapuesta a la propia función del edificio y que puede llegar a tener tanta importancia como el *layout* inicial.

Siguiendo con esta argumentación podemos realizar una lectura interesada del edificio industrial como representación material de un

orden social determinado y como documento histórico que nos proporciona las claves de una particular forma de cultura a partir del análisis de la masa, el volumen, la planta y la proporción, es decir el espacio como técnica, pero también desde una perspectiva simbólica consistente en una resemantización de esas manifestaciones materiales del proyecto arquitectónico, el espacio como ideología. De este modo si partimos de la escala, la ordenación y la secuencia de los lugares del trabajo podemos iniciar un viaje en el que la geometría será nuestro equipaje principal para descubrir un mundo insospechado, real y simbólico, técnico y social, abstracto y naturalista, mecánico y orgánico, aislado y relacionado, isomórfico e irregular, historicista y vanguardista, que nos lleve a buscar las preguntas inherentes a este género arquitectónico y a plantearnos si de verdad existe una cultura del trabajo que merezca la pena ser conservada como memoria histórica.

La industria, el espacio del trabajo, no constituyen un mundo autoreferencial, la arquitectura de la producción, sino que nos habla de las relaciones entre los seres humanos con los modelos de explotación de recursos y de supervivencia y también, lo que a veces es más importante, de las propias relaciones de los seres humanos entre sí, ya que la estructura social influye y se refleja en esas arquitecturas mediante los modos y medios de dominación, subordinación y diferenciación establecidos en función de una organización de los individuos, los grupos, los objetos, las ideas, los entornos y los territorios que se plasman en unas prácticas espaciales concretas y que incluso para las sociedades fuera de la producción de o para el mercado adquieren una relevancia espacial indudable en lugares polivalentes no especializados como la casa-taller, la calle-mercado o el entorno-almacén, en los que se combinan sociabilidad, laboriosidad e intervención sobre el espacio.

Los actores de este espacio-máquina cuentan con una división jerárquica en función de su poder, sea éste económico o profesional, de modo que los roles puestos en práctica en la industria se asemejan a los existentes en las cosmogonías sagradas en las que los sacerdotes (empresarios, técnicos y gestores), y oficiantes (capataces, oficiales y obreros) llevan a cabo unas operaciones regladas en torno al objeto sagrado por excelencia, el producto, gracias a la mediación de herramientas, máquinas y energía. Acto teatral, escenario y actores ponen en marcha el culto al trabajo para saciar las necesidades de un público ávido de objetos que simula unas necesidades que ya no tiene¹, para que el espectáculo no se detenga, en esta aldea global de individuos aislados de su entorno, disueltos en la macroescala 1:1 de un presente sin pasado y sin futuro. Olvidando su obligatoria inserción, con el resto de los seres vivos o inanimados, en una cultura de ideas no cínica, sino crítica, creativa e integradora.

¹ Sloterdijk, Peter, *Esferas*, Editorial Siruela, Madrid, 2003.

La fábrica de espacios

El lugar acotado. La jerarquía como cubierta que protege y limita, que no nos deja ver el mas allá y nos concentra en la tarea con esa mítica y constante luz del norte que orienta nuestros movimientos mecanizados para no perdernos en pensamientos inútiles. Desde los clerestorios se desparraman los haces de luz de la nueva racionalidad, eficaz, higiénica, regulada, y cuando el día se extingue la electricidad consigue el milagro de la no-noche, para que el ideal del progreso corra infatigable durante las 24 horas por las venas cableadas de la fábrica. A los lados, los muros de cerramiento, como capataces vigilantes encargados de disciplinar y contener nuestros movimientos para mantenernos atentos al libreto de este teatro-máquina donde tiene lugar la representación de la modernidad triunfante. Abajo, los cimientos del sistema hunden sus raíces en la profundidad de la tierra para soportar el movimiento de las máquinas y el sufrimiento de los hombres, fijos como cualquier dogma, inflexibles ante nuestros deseos, indiferentes hacia la carne de los cuerpos que trabajan sin descanso. Entre, dentro, fuera, las instalaciones nerviosas de la fuerza y la comunicación, rodeándonos implacablemente para después absorber nuestro esfuerzo, proporcionándonos una cartografía del poder trazada hoy con tiralíneas digitales. Fábrica-caverna en la que se generan las sombras de la obra de arte moderna, el objeto estandarizado, mediante la tecnología y el diseño, y gracias a la reproductibilidad *ad nauseam* de la necesidad hecha producto de consumo. En la fábrica asistimos, como actores-espectadores privilegiados, a la puesta en escena de una obra clásica basada en los mitos de la reproducción y el robo. Reproducción como génesis de la necesidad para poder ser y robo como sustancia del poder querer ser.

En el espacio de trabajo tiene lugar una brutal paradoja constituida por la trampa del sujeto histórico que creemos desvelar al analizar estas tipologías, ya que lo que allí importa no es el esfuerzo como meta de los hombres para superar dificultades, desigualdades o carencias, sino que el objeto en sí está constituido por el propio proceso de trabajo como autorreferencia², trabajar para trabajar, como pleno valor instrumental.

² Arendt, Hannah, *La condición humana*, Editorial Paidós, Barcelona, 1996.

En este espacio no podemos olvidar el tiempo, definido éste no como vida que vivimos, sino como sucesión de microtiempos que producen un ritmo, el ritmo del trabajo, al que nos es imposible sustraernos, escaparnos. Hacer del tiempo suspenso, suspender la actividad mediante la huelga fue una de las grandes conquistas del movimiento obrero del siglo XIX para lograr la reducción de la jornada laboral y soñar con el descanso, para caer de nuevo en otra trampa, la de la producción continua mediante la transformación del tiempo de descanso nihilista y desmonetarizado en

un tiempo de ocio que nos induce a seguir produciendo en el descanso por medio del consumo. La rueda de la fortuna girando sin parar ante nuestros atónitos ojos que no ven el nuevo orden burocrático en el que estamos instalados de una manera obediente.

La fábrica de lo moderno

El espacio del trabajo puede ser por tanto considerado como la expresión material-simbólica de la nueva racionalidad determinada por las condiciones de producción industriales y por los avances del proyecto arquitectónico, en un proceso en evolución desde finales del siglo XVIII. Ambas propuestas confluirían en un marco espacial íntimamente ligado al concepto de dominación. Dominación de la fuerza del trabajo, de la energía natural, del mercado, de las máquinas y de la sociedad para constituir una nueva cosmogonía en la que la mecanización asumiría el papel central mediante una estructura organizativa nueva denominada empresa industrial.

En las fábricas modernas, herederas de las manufacturas dieciochescas en cuanto a su creciente sistema organizativo de carácter centralizado, se pueden observar los diferentes avances que, en fases sucesivas, irán transformando el espacio indeterminado y doméstico en un marco reglado de comunicación y circulación denominado fábrica³. Las tareas del trabajador se reorientan desde la complejidad preindustrial del proceso único regulado por la costumbre en el taller artesanal hacia la división del trabajo en operaciones especializadas necesitadas de un lugar específico definido como un área de trabajo que forma parte de un sistema espacial global. Este sistema se consolidará mediante una progresiva jerarquización funcional en la que una cadena, todavía invisible, liga cada uno de los esfuerzos individuales a un todo gracias a un eficaz control de mando, transformándose en una mera función de la producción, para convertirse en más espacio y menos lugar⁴. La producción como un fin en sí misma, la fábrica como un medio instrumental para una sociedad que había dejado de autoabastecerse, el espacio como una herramienta más de la economía industrial.

Mientras este sistema organizativo se consolidaba se desarrolló en paralelo una experimentación constructiva tendente a unificar los principios de la economía de costes y de productividad mediante unos edificios tipológicamente novedosos que aún careciendo todavía de reglas académicas en lo que se refiere a su materialización formal, sí que respondían a una cierta homogeneidad como resultado de la difusión de estos proyectos en revistas y catálogos especializados.

3 En la traducción de Antonio Carbonell de la «Enciclopedia metódica de fábricas, artes y oficios» (1794) encontramos: «*Nosotros traducimos fábrica [...] porque tomados estos objetos por mayor, resulta una serie de operaciones diversas, contenidas en un recinto y gobernadas por factores, directores o empresarios del establecimiento.*»

4 Parafraseando a Richard Sennett en «El cuerpo y la ciudad», en *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Editorial Alianza, Madrid, 1997.

La racionalidad constructiva no fue el resultado exclusivo de la evolución internalista de la propia arquitectura sino el compendio de condiciones que se manifiestan en la aparición de la empresa en el seno del mercado capitalista y que para la arquitectura industrial aparece firmemente marcada por la hegemonía de la técnica sobre cualquier otra consideración social o principio moral. La fábrica es el espacio por excelencia de la sociedad industrial extendiendo su influencia a otros ámbitos a partir de conceptos tales como continuidad, flexibilidad, estandarización, ampliación, módulo y eficacia hasta constituirse en arquetipo de la modernidad y, como tal, transformarse en iconografía y fuente de inspiración de otras tipologías no destinadas directamente a la producción, —casa, hospital, escuela, museo—, pero sí integradas en el nuevo orden industrial que alcanza su grado de condensación en el paradigma de la ciudad del movimiento moderno como ciudad-industria o industria de la ciudad.

En este análisis del espacio del trabajo no se debe olvidar el valor indudable del cálculo económico que establece el empresario, el cual, teniendo en cuenta su inversión global de capital lo divide entre los costes de edificación, maquinaria, materias primas, fuerza laboral, energía mecánica, mantenimiento, comercialización y organización interna de un espacio determinado por el máximo rendimiento por metro cuadrado de hombres y máquinas para obtener unos resultados llamados beneficios empresariales. Esta ecuación de costes es el perfecto sinónimo del moderno concepto de eficacia que encontrará en la construcción industrializada de los nuevos materiales, hierro, cristal, acero y hormigón, su aliado indiscutible para traspasar la pesada y gravosa herencia de los historicismos hacia el funcionalismo internacionalista experimentado por las diferentes vanguardias arquitectónicas en una alianza duradera envuelta en el debate desarrollado durante el siglo XIX del arte contra la técnica, de los ingenieros contra los arquitectos, de la inspiración frente a la práctica, es decir el reto teórico lanzado acerca de si la industria podría llegar a ser considerada como una de las bellas artes.

Cuando Max Weber (1864-1920) se adentró en el trasfondo de la sociedad industrial para comprender la lógica de la universalización de la sociedad de mercado estableció dos categorías de análisis, la racionalidad formal y la racionalidad sustantiva. La primera surge exclusivamente del cálculo en cuanto a la obtención de beneficios empresariales, las fábricas-cárcel de la primera revolución industrial regidas por los nuevos señores feudales que conciben el trabajo como una esclavitud de clase. La segunda hunde sus raíces en los ensayos de los empresarios utópicos ingleses o franceses que además de los beneficios económicos tienen en consideración los valores humanitarios, —las colonias obreras de Owen o Fourier— con arreglo a una marco ético de carácter eminentemente político.

Esta dialéctica de lo posible y lo deseable, de lo legal y lo justo marcará de una manera indudable al conjunto de las arquitecturas industriales edificadas en la Europa decimonónica mediante una tensión constante en la que la organización de la clase obrera ejerció un rol crítico que podemos definir como el de una tercera racionalidad, la racionalidad utópica de la revolución social que puso en cuestión la irracionalidad de las dos tendencias anteriores.

Mientras, al otro lado del Atlántico, las cosas discurrían por otros derroteros. La aparición del hombre nuevo, moderno en el sentido convencional del término, y práctico por definición, iniciaba su andadura al compás de una racionalidad nueva, más extremista que las anteriores tanto desde su acepción formal como sustantiva, e incluso revolucionaria, al proclamar a los cuatro vientos la igualdad ante la ley como principio fundacional de la democracia mesocrática americana idealizada más tarde por F. L. Wright en el mito de Usonia. Previamente F. W. Taylor (1856-1915) ya había puesto en marcha la maquinaria conceptual necesaria para aislar los procedimientos básicos que servirían para un incremento exponencial de la eficacia productiva. La fábrica americana simplificó los procesos de producción partiendo del conocido principio de que sólo hay una manera de hacer bien las cosas: separar diseño de ejecución y fragmentar y especializar las tareas, luego por tanto había que dedicarse a esa búsqueda titánica del máximo beneficio con el mínimo de costes. La idea de flexibilidad de la gestión no tenía porqué estar reñida con la eficacia, de este modo se introdujo una sistemática organización, no burocrática pero sí jerarquizada, que conllevaba el veneno de la corresponsabilidad tanto en los beneficios, dividendos accionariales, como en la producción, la empresa de todos. Las fábricas admiradas por Behrens, Mendelsohn o Gropius toman forma con Le Corbusier cuando afirma «*De un lado la barbarie, de otro los tiempos modernos*»⁵ y se hacen representativas de esa nueva Atlántida en la que el cálculo de los ingenieros y los economistas usurpan el desfasado rol de los arquitectos europeos. La destreza de la clase trabajadora se admiró como un logro del progreso que había contribuido a transformar definitivamente al artesano en mecánico. La ciencia era aplicable ya no sólo a la ciencia sino a todos los ámbitos de la vida, e incluso de la muerte mediante la aparición de una potente industria de armamento o de unos mataderos de reses regidos científicamente⁶.

La fábrica diáfana iniciaba el camino que, años más tarde, conduciría a la fábrica virtual, robotizada o mediatizada por los media. Transparente, exacta, regular, más moderna que las casas de los modernos, orgánica y funcional a un tiempo como el proyecto de Sunila de Aalto, sagrada e íntima como los templos laborales de la Larkin Co. o la Johnson Wax,

⁵ Le Corbusier en su obra *Cuando las catedrales eran blancas*, escrita después de visitar Detroit en 1930 y escribir «*Méditation à propos de Ford*».

⁶ Un interesante contrapunto a la americanización de la vida y el trabajo lo podemos encontrar en las películas de René Clair *Para nosotros la libertad* (1931) y de Charles Chaplin *Tiempos modernos* (1936).

metafísica tras el impacto del magisterio de Mies, monumental y *timerizada* como las fábricas de A. Kahn.

Esta transformación del espacio de trabajo por razones ergonómicas, *ergo* económicas, no fue el producto de un debate teórico académico sino el resultado de la aplicación de unos nuevos principios reguladores intuidos por Villard de Honnecourt (mitad del siglo XIII), pasando por Leonardo de Vinci (siglo XV) hasta llegar al Modulor de Le Corbusier (1948) en los que el humanismo, el hombre como medida de todas las cosas, trataba de conciliarse con la tecnología. El trazado regulador, como praxis absoluta de la racionalidad, se ejemplificaba en unas construcciones en las que la ejecución del diseño, proyecto, respondía a criterios ajenos a la arquitectura, programa, al tiempo que debía ser puesto en práctica por los técnicos, ingenieros, formados específicamente en esos nuevos principios⁷ para extenderse a continuación a todos los ámbitos de la sociedad.

⁷ En 1880 había registrados, aproximadamente, en Estados Unidos 7.000 ingenieros para pasar a 136.000 en 1920.

Por esos años Henry Ford iniciaba una nueva revolución industrial, en este caso genuinamente americana, consistente en asociar productividad y consumo, de modo que se generase una economía de escala alimentada por la producción en masa y la normalización del producto, ejemplificada en un automóvil para las masas, barato e innovador, capaz de constituirse en símbolo arquetípico del imaginario colectivo americano. El Ford T fabricado en Highland Park (Michigan) desde 1910, surgió de la observación de los procesos en cadena llevados a cabo en la industria frigorífica de los mataderos de reses de Chicago, de nuevo de lo orgánico a lo mecánico que, trasladados a su fábrica, dieron como resultado el espectacular avance de la productividad máxima por trabajador y unidad de tiempo. El obrero robotizado era ya una realidad gracias a su fórmula de cinco dólares diarios por ocho horas de trabajo. El resto de las industrias adoptaron con rapidez el sistema de producción en cadena llegando a Europa hacia mitad de la década de los veinte del siglo pasado en empresas como Renault o Fiat, aunque sin el trasfondo social progresista del fordismo, cuando Stefan Zweig afirmaba en su autobiografía, *El mundo de ayer* (1941), que los años 1924 a 1933 representaron la última oportunidad para el mundo. La fábrica Fiat-Lingotto de Turín es quizás el mejor ejemplo del abismo que comenzaba a separar a las dos culturas occidentales, la norteamericana y la europea, cuando el proyecto arquitectónico dirigido por el ingeniero italiano Mattè Truco llevó a cabo el gesto vanguardista de ubicar la pista de pruebas sobre la cubierta del impresionante edificio industrial como una pirueta futurista alabada por los arquitectos del movimiento moderno, pero ajena a los principios científicos de la cadena de montaje llevados a cabo en Estados Unidos en las fábricas Ford⁸.

⁸ Banham, R., *La Atlántida de hormigón*, Nerea Ediciones, Madrid, 1989.

La fábrica americana fue durante casi sesenta años el paradigma constructivo por excelencia contribuyendo a fomentar el auge de la denominada sociedad de mercado gracias a unos precios competitivos, unos salarios ajustados pero mantenedores de un cierto nivel de consumo y unas condiciones de trabajo seguras e higiénicas.

Espacio de trabajo sin lugar de trabajo

Cuando en los años setenta se agudizaron las tensiones en la sociedad capitalista como resultado de la crisis del petróleo y de la internacionalización definitiva del sistema de mercado en un mundo globalizado, la fábrica como espacio de trabajo se transformó de nuevo, originándose una tipología de fábrica cerrada, contenedor neutro de operaciones, caja negra dominada por el control digitalizado de la producción, inspirada en los modelos de las economías emergentes de Asia, particularmente Japón, que se basaban en los nuevos sectores productivos de la microelectrónica y la biotecnología necesitados de unas condiciones de climatización extremas para hacer eficaces los sistemas de control sobre las sofisticadas tecnologías punta utilizadas y el secreto industrial sobre las innovaciones que constituían su auténtico valor industrial. Este proceso discurrió en paralelo a la crisis de la modernidad, extensivo al ámbito de la arquitectura, gracias a la estrategia de inventar una nueva fase para ese proceso histórico iniciado con el siglo XX y que se denominó posmodernidad, hecho que afectará de una manera significativa al espacio industrial moderno surgido de Taylor y Ford, para dar lugar una fábrica transnacional, flexible y mutante de trabajadores nómadas, correlato fiel de las nuevas tendencias tanto urbanísticas como arquitectónicas basadas en la debilidad como pensamiento frente a las teorías fuertes heredadas del pasado, la indefinición formal como antídoto del estilo y la deconstrucción teórica como recurso frente al empirismo de las vanguardias⁹.

La fábrica informacional¹⁰ parece augurar una vuelta a la Edad Media, tal como pronosticó Umberto Eco, gracias al teletrabajo, la democracia desestructurada y la religión de lo virtual en un mundo global pero fragmentario en el que no se reconoce ninguna autoridad ética o moral salvo la emanada de la fuerza, militar por supuesto, de los Estados Unidos como potencia hegemónica susceptible de organizar coaliciones en función de sus intereses geoestratégicos. Richard Sennett, sociólogo estadounidense, profesor de la *London School of Economics* ha publicado recientemente una obra de alto interés para conocer las condiciones de trabajo del telecapitalismo¹¹, en la que mediante un texto producto del mestizaje entre el trabajo de campo antropológico, el reportaje periodístico y el ensayo teórico nos hace reflexionar acerca de la desaparición de la

⁹ Consultar la obra de Stewart Clegg, *Pan francés, moda italiana y empresas asiáticas: pasiones modernas y prognosis posmodernas*.

¹⁰ Castells, Manuel, *La era de la información. Economía sociedad y cultura. Volumen I. La sociedad red*, Alianza, Madrid, 1998.

¹¹ Sennett, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Editorial Anagrama.

famosa jaula de hierro de la clase trabajadora descrita por Max Weber como una formación estructurada por los barrotes de la estabilidad laboral, el sueldo fijo y la pensión de jubilación, coincidente con el espacio de trabajo de la segunda revolución industrial y que ha pasado a ser sustituida por el refugio desburocratizado del trabajo basura, a tiempo parcial, inestable, flexible y desmaterializado, que bien puede ejemplificarse en las diferentes tipologías descritas por Rem Koolhaas como espacio basura. La nueva fábrica ya no invita al trabajador a identificarse con la empresa, que cada día cambia de tamaño y de dueño y de nombre y de sitio, sino a convencerle de que la vida laboral es transitoriedad, innovación constante, adaptación permanente, proyectos a corto plazo y movilidad sin límites. Esta situación redundante en la pérdida de identidad corporativa de la clase trabajadora, ¿quién osa hoy día llamarse obrero y apelar a valores de solidaridad o lealtad de clase!, ¿quién puede llevar a cabo hoy día huelgas de obreros sin clase, de trabajadores sin fábrica o de proletarios sin ideología! Sólo soñar con el bienestar soñado de una clase obrera que camino del paraíso se encontró con el mercado y se detuvo, no sabemos hasta cuando, para hacer sus compras.

Bibliografía

Arendt, H. *LA CONDICIÓN HUMANA*. Ed. Paidós, Barcelona, 1996.

Banham, R., *LA ATLÁNTIDA DE HORMIGÓN*, Ed. Nerea, Madrid, 1989.

Baudelaire, Ch. *EL SPLEEN DE PARÍS*. Ed. El Aleph, Buenos Aires, 1999.

Bauman, Z. *TRABAJO, CONSUMISMO Y NUEVOS POBRES*. Ed. Gedisa, Barcelona, 1998.

Berman, M. *TODO LO SÓLIDO SE DISUELVE EN EL AIRE. LA EXPERIENCIA DE LA MODERNIDAD*. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1989.

Castells, M. *LA ERA DE LA INFORMACIÓN. ECONOMÍA, SOCIEDAD Y CULTURA. LA SOCIEDAD RED*. Ed. Alianza, Madrid, 1998.

Castillo, J.J. *A LA BÚSQUEDA DEL TRABAJO PERDIDO*. Ed. Tecnos, Madrid, 1998.

Clegg, S. *PAN FRANCÉS, MODA ITALIANA Y EMPRESAS ASIÁTICAS: PASIONES MODERNAS Y PROGNOSIS POSMODERNAS*.

Coriat, B. *EL TALLER Y EL CRONÓMETRO*. Ed. Siglo XXI, México, 1987.

Chombart de Lauwe, P.H. (dir.). *ESPACE ET CULTURE AU TRAVAIL*. Ed. Dalloz, París, 1983.

- Ferrier, J. *USINES*. Ed. Le Moniteur, París, 1989.
- Gorz, A. *LA METAMORFOSIS DEL TRABAJO*. Ed. Sistema, Madrid, 1991.
- Lobato, M. Z. *LA VIDA EN LAS FÁBRICAS: TRABAJO, PROTESTA Y POLÍTICA EN UNA COMUNIDAD OBRERA, BERISSO (1904-1970)*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2001.
- Lowenthal, D. *EL PASADO ES UN PAÍS EXTRAÑO*. Ed. Akal, Madrid, 1993.
- Nora, P. *LES LIEUX DE LA MÉMOIRE*. Ed. Gallimard, París, 1984.
- Rifkin, J. *EL FIN DEL TRABAJO. NUEVAS TECNOLOGÍAS CONTRA PUESTOS DE TRABAJO: EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA ERA*. Ed. Paidós, Barcelona, 1996.
- Sennett, R. «EL CUERPO Y LA CIUDAD», en *CARNE Y PIEDRA. EL CUERPO Y LA CIUDAD EN LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL*. Ed. Alianza, Madrid, 1997.
- Sennett, R. *LA CORROSIÓN DEL CARÁCTER: LAS CONSECUENCIAS PERSONALES DEL TRABAJO EN EL NUEVO CAPITALISMO*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1999.
- Sloterdijk, P. *ESFERAS*. Ed. Siruela, Madrid, 2003.
- Sobrino, J. *ARQUITECTURA INDUSTRIAL EN ESPAÑA*. Ed. Cátedra, Madrid, 1996.
- Thompson, E.P. *TRADICIÓN, REVUELTA Y CONCIENCIA DE CLASE*. Ed. Crítica, Barcelona, 1979.